

LA FIESTA FALSIFICADA

Antonio Miranda

Profesor-arquitecto y crítico de arquitectura;
enseña en la ETS de Arquitectura de Madrid.

El autor imagina la gran fiesta como la nueva utopía posible o la ciudad ilustrada sin clases y sin manipulaciones del capital. El aspecto festivo de las producciones capitalistas no hace más que proporcionar evasión de la realidad y oscurantismo sirviéndose de la falsificación y la mentira de lo estético artístico. La fiesta enmascara la opresión social bajo la forma del anarquismo en sus dos facetas: neoliberal y fascista.

Si envenenas sus fuentes te fusilarán, pero si envenenas sus mentes, te cubrirán de oro.
(Viñeta de *El Roto* en *El País*)

23

La querencia al monte de la cabra

Que la ignorancia y la carencia de educación (estética para Schiller) es el origen y caldo de cultivo, causa y efecto, de los peores males del mundo, es algo que, si alguien todavía no lo sabía, puede constatarse en los informes de la Unesco de 1999. Allí se muestra de modo palpable y evidente la estrecha correlación entre el crecimiento de la ignorancia y el de la hambruna mundial¹.

No obstante, como pensaban los grandes ilustrados, no sería necesaria una acción positiva para enderezar la situación. Bastaría con que no se pusieran trabas al normal desarrollo del cerebro humano, para que semejante vergüenza desapareciera. Tanto los *Mass Media* y las Artes como la Arquitectura —las Tres Grandes Potencias ideológicas u oscurantistas—, si vivieran circunstancias menos sombrías, tendrían por misión promover la dignidad y el pensamiento crítico entre los pueblos. Pero ni siquiera tal cosa se les pide hoy. Bastaría con que los artistas comerciales o mercenarios se abstuvieran de poner obstáculos a esa dignidad y a ese pensamiento que, como derechos panhumanos, impiden. De esas trabas oscurantistas contra la emancipación, especialmente visibles en la fiesta —bajo cualquiera de sus variadas formas—, intentaré seleccionar algunas².

La gran fiesta podría ser la nueva utopía posible, dentro de la utopía que viene realizándose lentamente –progreso técnico-científico– día a día, desde la época neolítica. La fiesta podría llegar a ser la reconciliación de todos los cuerpos con todas las «almas» propias y ajenas en una nueva unidad dentro de una sociedad sin clases que suprimiera el carácter de mercancía que hoy se nos atribuye a todos y cada uno de los humanos. La fiesta –pletórica de confianza en el género humano y de amor a la vida– podría ser una mejor ciudad, una óptima capital. Porque a ésta vuelven, cada año desde los pueblos cercanos, aquellos que quieren y pueden quitarse de encima –aunque sólo sea por unas horas de masificado anonimato– la inhumanidad castiza, agreste, cotilla o provinciana.

Una verdadera fiesta, una fiesta no obligada es una ciudad o casa noble y amplia, en la que cada persona respira libremente y pierde el carácter de ganado estabulado –a plazo fijo– frente al escenario o la pantalla. La identificación albertiana de la ciudad con la casa nos podría ayudar con su objetivo festivo, a eliminar la cosificación publicitaria y publicitada que de la gente en fiesta el estatus extrae para vender y vendernos mejor. Con poco más –amar y no despreciar a ningún **otro**– puede llegar cada ser humano a *ser un dios para cada hombre*, como proclamara el renacentista Bacon. Ésa sería la única fiesta de auténtico valor.

24

Contra las aglomeraciones seudofestivas, gregarias y estabuladas de la capital (en el extremo público) y contra la cama habitualmente compartida (en el extremo íntimo), o sea, contra la forzada cohabitación, Rousseau nos recuerda que el *aliento del hombre es veneno para el hombre*. No será, pues, tanto el matrimonio como la miserable casa común y la cama compartida y obligada, las verdaderas tumbas (festivas) del amor. Que sean familiares de las víctimas los más abundantes de entre los asesinos nos debe hacer repensar la frase evangélica: *enemigos los de tu casa*. Algo similar podemos decir de la ciudad. La tumba de la capital no es tanto la *densidad urbanística*, como suele decir la demagogia de *Sangre y Tierra*, sino la miseria que también se materializa en la *densidad doméstica*. Por otra parte, conviene recordar al respecto que sólo dos de cada diez viviendas de las que se construyen en el mundo desde hace decenios, no son chabolas.

El término *capital* nos habla de la población donde reside el gobierno de una zona, pero también define al dinero invertido en una empresa que produce una renta basada en plusvalías, esto es, en salarios no pagados. Esa coincidencia nos hace pensar en la fiesta. En España, al menos, las celebraciones de una capital, hace años, se llamaban *Ferías y Fiestas*. Era todo más claro. Se reconocía que el Pan y Circo inyectados por el populacho burgués (dominante) en la resignada y paciente masa popular (dominada) eran concomitantes. Eran coherentes y complementarios con el mercado al que todos servían y con el capital que, todo lo rige, con zoológica ferocidad, desde hace demasiados siglos, para desdoro de la inteligencia, la humanidad y la arquitectura. Porque lo popular, en el pasado y con frecuencia, se mantuvo relati-

vamente libre de la acción capitalista. Por ello pudo ser origen permanente de pensamiento aristocrático. Pero cuando el operador capital alcanzó a tocar (con las Tres Grandes Potencias ya citadas) al noble y arisco espíritu popular (basta verlo en el caso de la noble arquitectura sin arquitectos) realizó la transustanciación del *episteme*. Los mejores valores humanos fueron sustituidos por una necia ideología masificante, en *opinión o doxa* ya más fácilmente manipulable y modelable. Aunque, en cualquier caso, hoy, desde el Primer Mundo, podamos decir que cualquier tiempo pasado fue peor, es peligroso olvidar las frecuentes zonas y fases de reflujo de la humanidad.

Ya por entonces, el campechano cacique nacionalista –con fachada de integrista nacional, esto es, cateto, parroquiano, patriotero y localista– presidía tanto las Ferias como las Fiestas. Éstas eran una parte esencial de las *señas (asesinas) de identidad* del terruño³. El cacique unía en su misma persona el Poder político de la polis y el Poder mercantil del mercado. Por entonces, la fiesta no ocultaba, pues, el carácter ideológico, o sea, narcotizante que, al menos desde las fechas del Imperio Romano, no ha dejado de mantener. Fue Juvenal el que se lamentaba del embrutecimiento del pueblo aficionado a las fiestas. Se quejaba de todo aquello –lenidad, *neutralidad* social y acriticismo– que tanto ruido, circense y apolítico, implicaba. Pero el público –hoy todavía menos respetable y más veleidoso que entonces– lo acepta todo con tal de que tenga aspecto novedoso o victorioso, de que brille y haga ruido. O es que no empiezan las fiestas con desfiles de horribles trajes regionales acompañados de las más ordinarias bandas musicales militarizadas.

25

La mala fiesta, la simple y cósmica válvula de escape social, ha llegado a ser esa torpe mezcla –de disciplinaria rutina ritual y de frívola improvisación chapucera, histérica y vitalista– que el mito pide para seguir siendo mito, para protegerse de la inteligencia crítica o poética que lo humaniza. Por eso, la alegre utopía ilustrada, colectiva y de progreso, nació contra el idealismo reaccionario que se esconde tras de la fantasía estupefaciente, del mito mercantilizado y del espectáculo seudofestivo. Y como toda enemistad activa engrandece al enemigo, la falsa utopía –o sea, la quimera irrealizable– viene siendo rentabilizada doblemente. Porque dos son los vectores de envilecimiento que la quimera social (televisiva o arquitectónica) despliega: 1) como droga fantasmiosa, estúpida y agradable al servicio de la cretinización dominante, 2) como aviso falaz a la población, de que toda utopía es locura quimérica inalcanzable y que más vale por ello, dejar todo como está, y no hacer olas.

La capital es más capital en fiestas. Observad el despliegue publicitario. Todo es espectáculo banal y juego para la recuperación –por parte del estatus– del sueldo recientemente pagado (prestado) al trabajador. Esa succión de dinero, obtenida por reversión de sueldos al patrono multinacional, se multiplica a través de todo tipo de espectáculos memos, bien deportivos, bien musicales, bien folclóricos, etc.

Porque la capital concebida, en origen, para la libertad como utopía real, para la defensa, el encuentro y el amor entre los seres humanos ha sido alienada, usada, corrompida por el capital para objetivos tan escasamente utópicos como el del máximo lucro extraído de la diversión, el espectáculo y la evasión respecto a la dura realidad económica. Por ello, el capital –siempre con raíces inmobiliarias– se nos presenta como el principal enemigo de la verdadera ciudad y de la verdadera fiesta cuya vocación de alegría, liberación, fraternidad y servicio, viene a ser en todo momento, solar o parcela, usurpada por la vocación de negocio. Un negocio que lo abarca todo en tiempo y espacio: desde el suelo y el automóvil, hasta el espectáculo retrotaurino, y el ruidoso y explosivo de luz y sonido.

La rentabilidad financiera se ha convertido en el modelo -espacio festivo y del tiempo perdido- que coloniza nuestra conciencia. Así se mercantilizan nuestros cerebros. Así engorda el Becerro de Oro (forma liberal del capital) y se incuba –por si fuese necesario aplicarlo en alguna colonia– el Huevo de la Serpiente (forma fascista del mismo capital). La velocidad empresarial, con la que la dictadura del capital nos parasita, es ajena al tiempo humano. Hablo de la velocidad irracional, demencial e incontrolada de los movimientos financieros que, sin control estatal ni social, desnutren y matan a media humanidad sin darle *nada* a cambio. La *libertad* de la fiesta viene a ser sustituida por el *liberalismo* de la payasada fascista y de la *economía relámpago*. Me refiero al tiempo ruidoso y *festivo* de la sociedad informática y virtual, privatizada y apresurada, que nos convierte a todos en marionetas menesterosas. El ruido, el sudor estéril, la prisa oligocrónica... son también vicios del pobre oligofrénico colectivo.

26

Con el espacio sucede algo parecido. Ha pasado de ser espacio social, *público*, noble y alegremente festivo a convertirse en la ruina moral del espacio *publicitario*. No puede extrañar entonces, que R.Venturi –el chico de los recados que el capital USA utilizara con tanto éxito para su infame control internacional de la arquitectura– gritara, en su interesado paroxismo *postmodern*, el gran lema de hoy: «*Plazas y espacios públicos ¿para qué? No será para el uso y disfrute de unas gentes que debieran estar en sus casas viendo la televisión*».

Y es que la verdadera fiesta –por cuanto pueda tener de fenómeno social revolucionario a lo Bajtin– todavía produce aversión entre la mentalidad fascista. De ahí el control que, para la formación de la mentalidad sumisa, el estatus liberal debe mantener. De ahí que una función capital de la fiesta falsificada sea, a toda costa, la función ideológica u ofuscadora. La seudo fiesta al uso es uno de los principales cementos del sistema, a su vez legitimado por su misma falacia. En ella no cabe la contestación (del *aguafiestas*) sino exclusivamente la integración gregaria e integrista. El optimismo que a plazo fijo la fiesta nos impone garantiza el consenso de que *todo va bien*. La *evasión* de la realidad, la fantasía y la diversión formán el triángulo base de la falacia interclasista.

La fiesta es hoy más que nunca el opio del pueblo. Es la nueva superstición religiosa que oculta la lucha de clases entre la muchedumbre idiotizada, hipnotizada por el artista lacayo vendido al servicio del grupo dominante. La inmensa plétora de prácticas rituales con todo su aparato ceremonial y festivo –como bien ha sabido ver la oligopólica y parasitaria monarquía británica– sirven para mantener la coherencia y unidad productiva de los bueyes dentro de la institución ganadera. El espacio de la revolución es ocupado primero por la resignación y luego por la amnesia y la falsificación nacionalista, el embeleco de la *pertenencia al grupo* y, finalmente, por la colaboración activa con el enemigo interior. El pobre sujeto colaborador (todos lo somos) primero hace sus méritos ante el nuevo Leviatán multinacional pagando sus impuestos destinados directa o indirectamente al automóvil (*infraestructura*), principal protagonista de la seudofiesta. A la vez, el aplicado hombrecillo se lanza, dando ejemplo, a la promoción insensata del consumo masivo para satisfacer falsas necesidades (*estructura*). Por fin, con su activa y entusiasta participación, dará carne y sangre a la canonización y mitificación de la farsa como fiesta (*superestructura*).

La seudo fiesta, entonces, aunque no engañe a nadie, nos convence a todos. Es el amable operador que, con la farsa de la armonía interclasista, nos lleva de la reticencia inicial a la posterior condescendencia, de la condescendencia a la aquiescencia o lenidad, y de ésta a la militancia entusiasta y parafascista dentro del estatus de dominación. No sólo los desfiles, proclamas, trompeterías, banderas, medallismos, himnos y tantas otras liturgias generan fascismo en la medida en que gregarizan, extienden y masifican el cretinismo, también el griterío de la muchedumbre espectadora –que tanto galvaniza y vende– prepara a las gentes para aplaudir en la orjalía contra la razón. Así se militariza a los paisanos para celebrar el eterno, y creciente, ataque de la ignorancia contra los pueblos.

El capataz o jefe de personal, cargado de autoridad y razón, tras la fiesta engrasa su látigo con el recuerdo a la vez rencoroso y balsámico del «merecido descanso». La fiesta, así, canaliza doblemente la energía colectiva en el sentido del orden establecido, ya que además multiplica la plusvalía en el celo laboral compartido por quienes ayer descansaron, recuperaron fuerzas y, con todo, se divertieron tanto con tal profusión de ruido plebeyo.

El sonido musical –que pensamos puede disfrutarse tanto en los bosques y en las playas vacías, como en ciertas salas de conciertos o clubs de jazz– viene a luchar simultáneamente contra el silencio de los cementerios y contra los obscenos gritos de la taberna cuartelera. Pero aquella hermosa musicalidad ha sido sustituida bien por el grosero ruido del triunfador ostentoso y borracho, bien por el plomizo silencio del dolor de quienes ni para emborracharse tienen. Y es que en un mundo que confunde el éxito económico y la fama con la felicidad, y que no distingue entre lo lucrativo y lo valioso –o entre el fanfarrón y el valeroso– el ruido también puede venderse en todas sus horribles formas bajo apariencia festiva o festivalera. Estas formas oscilan entre el tubo de escape *embellecido* del vehículo espectacular u hortera, y los flatos efectis-

tas y atrayentes de los histéricos tenores huecos en la heráldica fanfarria wagneriana, pasando por las tan frecuentes deyecciones comerciales del *rap*, el *pop*, el *folk* y el *rock*.

Todo ello se vende al necio vulgo turístico, a la ignorante plebe burguesa cuyo *numen* ocupa e invade toda la sociedad. El belcantismo lírico es otra manera miscelánea de impedir –aplastar– simultáneamente esas dos festivas fuerzas de la libertad: la palabra y la música. Ya no puede sorprender que tal fuese el género preferido por todos los Al Capones, los Hitlers y los Mussolinis que en el mundo han sido. ¿O es que no podéis imaginaros a la flor y nata de la sociedad USA, a toda aquella cuadrilla de mafiosos y analfabetos millonarios sentimentales que odian el *jazz* y ocupan los palcos del Covent Garden, aplaudiendo –más ruido– durante interminables minutos toda aquella monserga operística llena de teatrera vulgaridad (*La chica del Oeste*) que el mismísimo y oportunista Puccini les administrara, nacida de su propia, comercial, efectista y demagógica pluma? (Sin cambiar de lente, podéis ver la zafiedad media de los líderes y próceres de la política, de la economía o de la cultura, en el lamentable espectáculo postmodernista y siniestro que las simples imágenes (¡aún fachadas!) de sus propias residencias, os ofrecen. De tanta grosería, obviamente, siempre estará a salvo –aunque no por sus méritos– cualquier primer ministro inglés, en cuanto a su residencia oficial se refiere. Sobre las residencias privadas, será preferible no hacer otras reveladoras y, con seguridad, desmoralizantes averiguaciones.

28 El espacio de la fiesta es, pues, similar a aquel Covent Garden: ámbito, ambiente o ambigü de ese mismo ruido fácil y sinérgico con el simbólico ruido del descorche prostibulario del champán flatulento. El ruido, junto con el humo, la basura, y la iluminación siniestra son atributos del infierno hoy explotados y vendidos como parte de la fiesta y de la ciudad.

La bicoloración de la cebra

Toda verdadera poesía es hostil al capitalismo.

Juan Gelman

La fiesta nos recuerda que Utopía, Belleza y Ciudad están tan profundamente relacionadas entre sí como lo están la Quimera fantasiosa y ficcional, la Lindeza edulcorada y *kitsch*, y el Arrabal disperso y «abierto» construido por el capital despiadado. Ya empieza a ser conocido que ambos campos son irreconciliables. La inteligencia por un lado y un mar de vulgaridad, zafiedad y mal gusto por otro, constituyen la frontera abismal. También ese mar de grosería nos rodea en la fiesta para que desviemos la atención de la realidad de clase. *Una marea de excrementos nos circunda*, decía Flaubert. La libertad real de la fiesta urbana compartida, de la fiesta en la que nadie –y menos un desposeído– quede excluido, es imposible en cualquier sociedad de clases. Pero más aún, bajo la opresiva presencia de las Grandes Potencias Cretinizadoras

(Artes y Músicas comerciales, Prensa y televisión amarillas, Arquitectura artística) del mundo festivalero o fecal, por más que vaya acompañado de prosopopeya anglosajona.

No se está hablando de la seudolibertad lela, consumista, nihilista o ácrata, propia del neoliberalismo. Llevar la Utopía anarquista al parvulario ha dado muy malos resultados, y, como acabamos de ver, la humanidad, mal dirigida por Occidente, se encuentra en fase pre-escolar, por no decir prehistórica como hubiera escrito Carlos Marx. Un país cuya edad mental media no supera la de ocho años, nos dirige. El capitalismo, que nos mantiene rodeados de la miseria globalizada, camina sobre dos patas la *neoliberal*, que ha sido definida con toda razón como anarquismo burgués o de derechas; y la *fascista*, que podemos definir como acracia policiaca o de Estado. La mitad de la *moneda* es liberal... la otra mitad es fascista. Rojo y negro. Pardo y azul⁴.

El ruido de disparos y explosiones (motor de motorista) es lo más vulgar y común pero por ello, lo más frecuente en nuestras fiestas. Y no hablo sólo de los fuegos de artificio. Es cierto que para dar ordenes a las masas hacen falta megáfonos. Pero para un sicoanálisis de la fiesta ruidosa podrían estudiarse además, todo tipo de escopetas, rifles o cañones –tiro de pichón, salvas de palacio, machada del fanfarrón tabernario y armado de pistola– y tantos otros símbolos fálicos de uso castrense. Como si los ejércitos hubieran tenido otra misión más alta que la de ser los eternos matones mafiosos al servicio de la propiedad capitalista. Y no está lo dicho –la expresión ruidosa y machista es común a ambos– lejos de los instrumentos del macarra terrestre o motonáutico que con el permiso del Excelentísimo Ayuntamiento y de las Autoridades Portuarias atruena la ciudad y la costa con el consiguiente daño neuronal (tan enorme en su rentabilidad mercantil) de los habitantes en kilómetros a la redonda. En todos esos casos hay un problema mental de forma e inguinal de fondo. Es más que sospechable que el tamaño del superego ruidoso (ej: afirmación nacionalista campechana) sea inversamente proporcional al del sexo del patriota estentóreo. Si bien tal asunto es objetiva y sexualmente trivial, debe haber algo de corto o de escaso o de lacio o de débil sobre el perineo del hortera machista que le hace buscar complemento –cuando no suplemento– de afirmación autoritaria y fascista en el artificio ruidoso que asusta a los niños, asombra a los bobos y molesta a todos los demás⁵.

Toda anarquía es más rebelde que revolucionaria. Su irracionalidad es siempre rentable para el estatus de dominación. Si es de derechas cohonesta la irracionalidad del mercado. Si es *de izquierdas*, sirve al estatus para justificar la represión, a la vez que le vacuna o inmuniza con los virus muertos de la rebeldía contra los virus vivos de la revolución. El idealismo voluntarista de la ruidosa fiesta de diversión a plazo fijo, supone el mito de que la sociedad está lista para la anarquía. Ésta ha sido una trampa que ha llevado a los pueblos al suicidio culpable, y de eso sabemos demasiado los españoles. Por el contrario, para aquello que los pueblos están siempre preparados es para la libertad. Pero no hay libertad donde hay miseria económica, y en consecuencia, miseria mental o moral. Pero la miseria es a nuestros ojos la peor y más flagrante de

las acracias. A los que como Goethe proclaman preferir la injusticia al desorden, debemos desmentirles diciendo que no hay mayor desorden que la injusticia.

A finales del siglo xx, el malthusianismo es aún más falso que cuando nació. Con un esfuerzo proporcionalmente mínimo se podría dar suficiente dignidad a toda la población del planeta si las fuerzas del Mal –con las Grandes Potencias a la cabeza– no lo impidieran. Donde campea la trifásica miseria (3/4 de la población de la Tierra) es porque impera el elástico, adaptativo, camaleónico y proteico capitalismo: bien bajo su forma liberal, bien bajo su forma fascista. Ambas no son sino manifestaciones del mismo anarquismo de derechas o mafioso. Cuando se finge la libertad de los miserables –con el permiso de Bajtin que veía en el carnaval cierta liberación– se alarga el plazo de su emancipación.

Ante el resobado y falso pretexto de los artistas festivos o lacayunos («Hago lo que la gente anhela, lo que gusta al público»), el silencio es complicidad o lenidad culpable. Como sabiamente distinguiría Ferlosio, el *interés público*, es muy escasamente compatible con el *interés manipulado del público*.

30

La belleza es inherente a la Utopía continua y lentamente conseguida por la humanidad. Ambas radican en una voluntad de sabia geometría y de creciente verdad. Pero la verdad, si nos atenemos a Cervantes, es coja y lenta corredora de fondo. La falsificación, en cambio, como la mentira es campeona en cualquier carrera de velocidad. Así se extiende de tal modo que hasta algunos avispados hacen coincidir la verdad (calidad) con lo que la gente quiere. Podemos leer en los textos taoístas, ya varios siglos antes de nuestra Era, que el mayor enemigo de la belleza es la hermosura almibarada, la lindeza de agrado fácil. Y es que el dulce y agradable facilismo es siempre falso. La belleza poética o belleza propiamente dicha, dice Octavio Paz «debe ser seca para que pueda primero arder y luego iluminar». La verdad es hermana siamesa de la belleza y ambas hijas de la luz, del bien. Un cierto despotismo a la luz de una, todavía débil, Nueva Ilustración (el *poder*) no le vendría mal a la belleza enferma a causa de la *pleuresía húmeda* instalada desde el *Poder*. La mentira creciente se defiende sólo con admirable habilidad. El camino de la verdad creciente, por el contrario, se encuentra asediado por los ataques incesantes de la ignorancia. Mientras no existan auténticos jurados populares (hoy son todavía solamente plebeyos) o ilustrados, más vale acogerse a doctos y aristocráticos jueces.

Un ejemplo. La fiesta vulgar o espectacular abunda en simetrías bilaterales, exiliando así la verdadera belleza. He podido conocer, a través de la simétrica T.V. algunas simétricas maquetas de la Utopía fantástica en la fiesta mediática. Me refiero, entre ellas –dentro de los diversos desfiles, carnavales y concursos– a esos vestidos monumentales que se trasportan a lomos de unas pobres *misses* en una plebeya cabalgata llena de efectismo, alarde y exhibicionismo. Tales vestidos gesticulantes, esos desfiles monstruosos, esos concursos abyectos (todos ellos frutos de un

pretendido *diseño*) terminarán socavando el buen nombre de cualquier ciudad en fiestas. Se puede asegurar que esas cabalgatas –jóvenes mujeres usadas como ganado de carga y tiro– de las modas, tan extendidas por el mundo, nunca han dejado de destilar un pésimo gusto, y no sólo por el exhibicionismo de lujo y derroche –siempre repugnantes–, sino por lo pueblerino del conjunto. La moda comercial –que siempre *va con los tiempos*, siendo éste su modo de entregarse al dinero y al Poder– ha robado para sí la «belleza» pervertida en *kitsch*, ha robado para sí la «estética» y la ha degenerado en cosmética, porque los estetas del *postmodern* también siguen cursos en USA de *Master en Esteticienne*.

La reacción identifica lo austero (la pobreza evangélica se encuentra tan alejada de la miseria como de la opulencia, a las que combate simultáneamente) con lo sombrío. Pero nuestra fiesta cuya austeridad propongo, es por el contrario, alegre y luminosa. No así los espacios festivaleros con los vestidos de que hablo, con su espectáculo de las chicas convertidas en acémilas. Cualquier moda –fugaz, aunque siempre idéntica a sí misma– está, en una supuesta escala estética, a la altura de esa lindeza empalagosa capaz de matar el menor atisbo de belleza. Esos folclores y mascaradas que comento pertenecen al submundo rebarroco y oligofrónico de la «Fantasía» o de «La Bella y la Bestia» de Walt Disney; pertenecen al terreno de la pretensión de elegancia también llamada cursilería, sin por ello abandonar la pretensión artística falsificada, también llamada *kitsch*. Tanto los vestidos citados como su festiva puesta en escena, carecen de una mínima verdadera imaginación, y para suplir tal falta de calidad, se nutren con cantidad de fantasías costureras y plumíferas para consumo de masas babeantes, masas de las que nadie puede presumir estar ajeno.

31

Poner en marcha una feliz utopía panhumana, esto es, un verdadero espacio de fiesta y de auténtico progreso, tiene una condición previa. Tal fiesta exigiría de antemano, lenta pero realizada con determinación, una *batalla popular* contra el gusto plebeyo, o sea, burgués o imperial. La buena y bella festividad necesita combatir el *show business* (artes, media, arquitectura) con una resistencia eficaz –de renuncia, boicot y abstención– contra todos esos espectáculos humillantes, pero que –tal y como Goebbels ponderaba– *tanto gustan a las gentes sencillas*. Detrás y con todas esas groseras epifanías festivas –como detrás de todo gusto vulgar o folclórico, sea de Hollywood, de Bilbao o de París, sea tuno, taurino o fallero– el fascismo se alimenta y crece ocultando su verdadero rostro y su Poder.

Que todo cambie para que todo siga igual, es el lema que parece haber aprendido el mundo festivo de las modas, y el *Show Business*, del escritor Lampedusa. Los citados acontecimientos festivos, como casi todos los hechos de la moda, suelen ser calificados, entre los periodistas amarillos y críticos esteticistas, de *originales*. Esa «originalidad» es otro de los atributos de la quimera fantástica o romántica que nos impide acercarnos a una nueva Realidad libre, poética y festiva. Porque la verdadera originalidad (radicalidad de lo *nuevo*) es precisamente lo más opuesto al monstruo arbitrario, *novedoso*, rancio y fastuoso del *megakitsch* al uso. La poética

consiste en una nueva Realidad de la realidad. Lo original nada tiene que ver con los inventos superficiales, efectistas o sorprendentes, propios de las *varietés*. Lo original, por el contrario, es *variación* poética, o explosivamente clara y radical. Lo original es aquello que mantiene sus raíces en sus propios y mejores orígenes, aquello que se nutre de su propia razón de ser, aquello en que la estructura del ser coincide con el sentido de la acción de ese mismo objeto verdadero. La fiesta eficaz y veraz se hace de exigencias de Realidad y de verdad panhumanas, de exigencias necesarias y por ello nuevas, sagradas, originales y radicales.

El conocimiento del sentido, razón, tamaño, lugar y destino de las formas y las cosas es, tal vez, el saber que nos proporciona la máxima altura del pensamiento. Pero esa elevación clarificadora no será posible sin un profundo descenso destructor (lo sincrónico vence a lo diacrónico) hasta esas razones objetivas y actuales, pero más *radicales* que *originales*. Y vale lo dicho tanto para la fiesta, para la belleza, para la utopía y para la Ciudad, como para cualquier objeto necesario y, por tanto –con el permiso del peor Kant–, bello. Cuando descubrimos la razón original del ser de las cosas verdaderas y veraces, su esencia geométrica y vital, nos defendemos contra el producto repugnante que no es otro que aquel de baja calidad –por lo anómico, informe, y sin razones– pero que, además, tiene pretensiones artísticas, plásticas y estéticas.

32

La bipedestación de la cobra

El postmodernismo actual –rebufo de otro que no cesa desde 1600, el mismo que siempre desfila ante nuestro ojos con ese contoneo manierista y danzón que hoy sabemos conduce al *Paso de la Oca*– viene siendo una gravosa importación más, de origen imperial y nunca un estilo. Es también una moda desgraciada y abominable cuyos orígenes y efectos fueron y son profundamente reaccionarios y por ello doblemente dañinos para todas las habitantes de las colonias. El postmodernismo que no cesa, so pretexto de humanizar el duro racionalismo irracional de la utopía moderna, remite a su pasado *rocodeco*, porque solamente en su feroz conservadurismo ha sido propiamente fiel a sus orígenes y por ello auténticamente original. Buena parte de los desfiles festivos, festivaleros y carnavalescos son productos postmodernos –es decir, antimodernos– que si no se detienen, pronto competirán en sus horrores con el más obscuro –y también postmodernista *avant la lettre*– naturalismo prerrafaelista.

El Naturalismo, nos dice Hauser, no es más que otro Realismo, pero de baja calidad. El Naturalismo modernista, es decir, antimoderno, sórdido –grafittero– de buena parte de nuestras fiestas –esas fiestas que debieran ser antesala de la utopía– no es diferente en las «tomatinas» de Levante ni en las variadas y cobardes torturas de bosques y animales que preparan y anticipan las torturas (también en el seno familiar) de seres humanos. El poeta Heine profetizó: *donde hoy se queman libros, mañana se quemarán seres humanos*. El demoníaco y, por ello *kitsch*,

Tercer Reich –con toda su ridícula y zafia coreografía– también hizo leyes *ecologistas*. Y es que ese Naturalismo –con frecuencia nacionalista, biológico y étnico– constituye el alma vario-pinta, pintoresca, castiza, mafiosa y campechana del fascismo grosero, el mismo que siempre jalean los mercaderes de la zona.

En éste como en cualquier otro campo, ética y estética son indivisibles, y ante la separación aparentemente científica entre ambas, debemos llevar nuestra mano a la billetera. Es más clara la separación entre ética y moral: la primera se defiende desde las fuerzas espirituales del progreso panhumano; la segunda se defiende preferentemente desde la reacción integrista y costumbrista. Es por ello que las falsas fiestas en general –para el caso de España: fallas, desfiles, carnavaladas, tomatinas, semanas santas, tunas, novatadas y torturas de animales–, aunque lesionan seriamente éticas y estéticas, siempre son aplaudidos por las fuerzas de la moralidad burguesa: los caciques, las clerecías, los cuarteles y los bancos.

No se puede eliminar lo que de «bonito» o soez tiene la realidad sin transformar de antemano esa realidad. La hermosura dulce y cursi es, solamente, una de las dos patas de la falaz industria cultural; la otra, complementaria e inseparable, es la grosería plebeya, trompetera y obscena.

Los conceptos gastronómicos –y simples o lelos– «bonito» y «feo», como dijera Picasso, no tienen sentido alguno para la crítica. Aún así, no quiero engañar a nadie; ninguna vocación esteticista alimenta mis palabras; sólo me anima el puro deseo de supervivencia. No podemos olvidar que el *Mal* (malignidad aniquilante) es tan hijo del miedo como éste lo es de la ignorancia. Pero, nada en este mundo hace tan ignorantes a los pueblos como esa lindeza agradable, esa moral acomodaticia, ese horror estético de teleserie americana, ese cotilleo institucionalizado, ese agrado falsificador, al que no podemos llamar feo (es demasiado peligroso para banalizarlo), sino *megakitsch* o criptofascista. Lo *kitsch* (el *kitsch* nace en el agradable arte de bazar), que sólo la arquitectura y los medios de manipulación de masas pueden ofrecer en cantidades masivas (*megakitsch*), viene a ser –según su poco clara etimología– el producto en que se unen el efectismo, el sentimentalismo y el facilismo con la *original* falsificación de las formas.

Frente al conformismo confortable y pancista que el sistema desea para sus votantes, frente a la abstención anarco-reaccionaria, frente al apoliticismo de masas que el sistema necesita, nada peor que oponer una utopía festiva, armónica, consoladora y gratificante. Ésta sería inmediatamente digerida, excretada y vendida por el sistema a la población, dentro de un programa ultra-liberal y despolitizador aún más amplio.

Primero la verdad que la paz, era el lema preferido de Unamuno. Y hacemos la cita porque, entendemos hoy, una paz instalada en la falsificación es idéntica a la más insidiosa y devastadora de las guerras. La auténtica (auto-ética y auto-télica) fiesta, nace de la equidad, de la

Utopía abierta, poética, crítica, racional y dialéctica que más que hacernos dormir en los orondos laureles armónicos, nos replantea, y exige, renovada cada día, una existencia basada en la sabia complicidad panhumana. Una existencia fundada en la negación del estatus de clase, y en la búsqueda de la verdad (como un derecho y un deber más, para todas las personas) es algo que, tal vez, el sistema no pueda manipular ni disolver, ni asimilar, ni vender, ni reconvertir en cultura de dulce agresión al servicio del descerebramiento colectivo⁶.

Una verdadera *ciudad o espacio para la fiesta*, es una ciudad ilustrada, esto es: notablemente densa, de topología continua y medianera, entretejida de muchas calles y plazas cuyas aceras amplias discurren flanqueadas por una edificación con más de tres plantas. Esa capital no mostrará retales de *zona verde* sino verdaderos espacios públicos flanqueados de arboles y habilitado para peatones y ciclistas ampliamente protegidos. Será una ciudad con villas en altura para todos, con trabajo y servicios de calidad para todos. Esa ciudad puede ser otra más de la infinidad de utopías realizables y, en un futuro, realizadas. Para su obtención, otra nueva utopía de armonía crítica y dialéctica ha de empezar a construirse en nuestras cabezas. Podemos empezar con el informe anual de la ONU sobre desarrollo humano (PNUD) ante nuestros ojos. Podemos seguir –aún teniendo que aprender del profeta Isaías (5, 20)– con la mejora de los objetivos del lema ilustrado. Podemos sustituir la manipulada *Libertad* del mercadeo por la Liberación panhumana, la *Igualdad* demagógica por la Equidad efectiva, y la paternalista *Fraternidad* por una verdadera Justicia para todos y cada uno.

34

Así se puede conseguir la mayor de las fiestas, la revolución que termine con la propiedad privada de los medios de producción, el nuevo Reino que flota como utopía en el evangelio, la transformación en el espíritu de todo el marco ético (o político) y cultural (o económico). Nuestras cabezas, así, radicalmente intolerantes con la intolerancia legal y organizada, habrán descubierto que en el tiro en la nuca, o en la Pena de Muerte –de la que aún la humanidad no se ha librado– hay algo aún peor que el concreto asesinato. Peor, *a priori*, porque un ser humano (asesino, legislador, juez, gobernador, etc.) ha debido llegar, previamente, a la abyección cobarde y fácil, esto es, a la más absoluta miseria intelectual y moral. Peor, porque ese hermano nuestro *ha tenido* que convertirse en sicario, quizá al servicio de un Poder infame de manos perfumadas. Peor, porque se ha aumentado la entropía, la deshumanización humillante, el asco y la repugnancia cósmica. Peor, *a posteriori*, porque con la ejecución de la víctima, de nuestro compañero de fiesta, se asesina al tiempo todo, y a toda la humanidad. Peor, porque, en resumen, se trata de la ordinaria estupidez de lesa humanidad y de lesa belleza. A fin de cuentas, el fascismo, o sea, la fiesta falsificada con la ordalía, no es otra cosa que el cemento de un bloque protohistórico, cemento cuyos componentes son la idiotez, la brutalidad y la vulgaridad.

Si la fiesta no sirve para construir y reconstruir más poder e intensidad de la Sociedad Civil, la fiesta es simple mascarada macarra; simple droga alienante. Por eso, la otra cara de la fiesta

internacional del populacho turístico es la muerte masiva por hambruna en el Tercer Mundo. Ambas son sinérgicas y se alimentan mutuamente. La otra cara de la «fiesta» del folclore nacional y del correspondiente negocio cultural de las «tradiciones populares» en el clima de las «glorias patrias», y las «pasiones nacionales» es el tiro en la nuca. Como bien sabemos, la negación de la auténtica fiesta de todos es consecuencia del sufrimiento innecesario de cualquiera. Porque cualquiera es, en cualquier caso, uno de los nuestros⁷.

NOTAS

¹ Borges, no menor como esnob que como escritor, escribe –contra Schiller– con error a la vez conceptual e histórico: *El romanticismo tendencia oracionera, desvirtuada después por hombres gárrulos como Schiller... (Inquisiciones)*.

² Por su propia etimología no debiera existir un derecho más universal que el del libre acceso a la universidad para todas las personas que lo desearan. Los meritorios profesores de gusto craso o grueso o romo –muchas veces desclasados del pueblo, pero sin estatus o tiempo para entrar en contacto con objetos de alta calidad– deberán obtener un año sabático para emplearlo en su refinamiento crítico o recuperación de los aristocráticos valores populares.

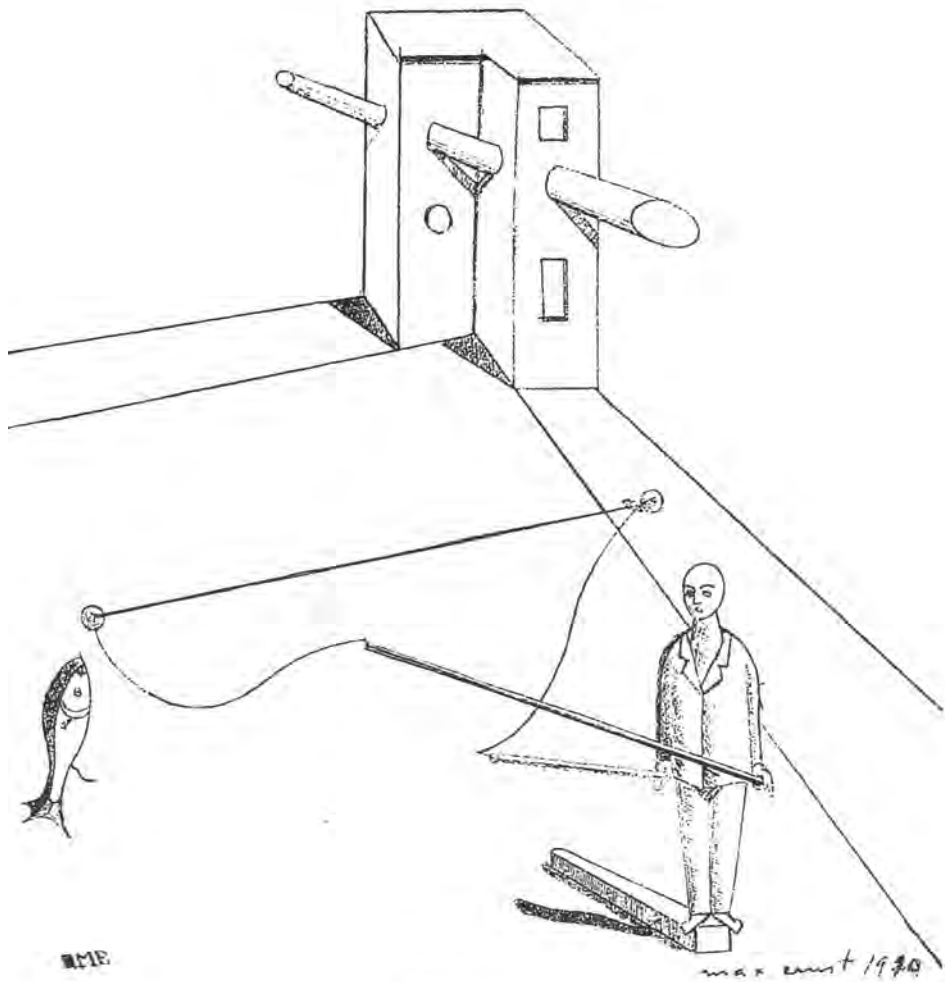
³ Ver la obra de Malouff.

⁴ Tanto USA como Japon y, en su caso, Hitler enviaron fusiles y asesores militares contra los campesinos chinos dirigidos por Mao. Sería ridículo o ingenuo pensar que el intervencionismo fascista *yankee* se ha limitado a Hispanoamérica.

⁵ En Cuenca, al parecer en el colmo de su necedad, el Poder cateto ha inaugurado un Museo del Ruido o Museo de la Ciencia, donde, según Víctor Riego nos dice, se atrae al público pueril imitando el ambiente infernal de las discotecas y otros locales de moda en los que humo, ruido y penumbra se unen para narcotizarnos.

⁶ Ver *El futuro de la ciudad entre la miseria y la utopía*, realizado al cuidado de Luis Miquel Suarez-Inclán, y editado en Madrid por la Fundación de Investigaciones Marxistas.

⁷ Ha sido dicho *Gora ETA, barbarie cateta*. Recuérdese también la importancia *festiva* del espacio escénico –la plaza de toros– tras la entrada en Badajoz de las tropas *nacionales* en la Guerra Civil española.



AME

Max Ernst, 1919